

El Museo Nacional

Benjamín Vicuña Mackenna

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

1946

RASGOS BIOGRAFICOS

Don Benjamín Vicuña Mackenna nació en Santiago el 25 de Agosto de 1831, en el hogar de don Pedro Félix Vicuña y de doña Carmen Mackenna, hija del ilustre libertador, general irlandés, don Juan Mackenna O'Reilly, que fuera el amigo más íntimo y el consejero de don Bernardo O'Higgins en las campañas de la Patria Vieja.

Cuando aun no cumplía los dieciocho años, se inició en la vida pública como Secretario de la Sociedad de la Igualdad, que presidía Francisco Bilbao. Los ardores y aspiraciones de la juventud de esa época, uno de cuyos capitanes era, lo llevaron a tomar parte en el movimiento revolucionario del 20 de Abril de 1851. Hecho prisionero y condenado a muerte, escapó de la cárcel de Santiago en compañía de su amigo don José Miguel Carrera Fontecilla, con quien compartió poco después los sinsabores de las campañas del sur en la revolución de aquel año.

Vencida ésta y a consecuencia de los sucesos políticos que siguieron, hubo de emprender el camino del exilio. Recorrió México, Estados Unidos y casi toda Europa. Estudió agricultura en el Real Colegio de Cirencester, a fin de poder contribuir al progreso económico de su país. De regreso a Chile, visitó Brasil y Argentina, iniciando en Buenos Aires una amistad, que duraría toda la vida, con el general don Bartolomé Mitre, amistad que en el correr del tiempo tendría trascendentales efectos para la paz chileno-argentina.

Impulsó los trabajos agrícolas, dió vida a la Sociedad Nacional de Agricultura, y fué su principal animador. Trabajó

incansablemente en la Sociedad de Instrucción Primaria, de la que fué por largo tiempo Secretario.

En 1854 dió a luz su *Diario de Viajes* y poco después *El Ostracismo de los Carreras*, uno de sus libros más famosos.

En 1857 se recibió de abogado, versando su *Memoria sobre el sistema penitenciario en general y su mejor aplicación en Chile*.

En contacto de nuevo con los camaradas de juventud, don Domingo Santa María, don Miguel Luis Amunátegui, don Diego Barros Arana, Carrera y otros, participó activamente en la lucha política, fundando un periódico — *La Asamblea Constituyente* — que dió nombre a la segunda revolución del Decenio. Arrestado con los principales líderes del movimiento en favor de la libertad electoral, fué desterrado por segunda vez. Visitó, en esta oportunidad, España, en cuyos archivos investigó toda la documentación que tenía atinencia con Chile y las antiguas colonias españolas; más tarde residió en Lima, donde don Demetrio O'Higgins, hijo del Libertador, le obsequió el archivo de su padre, que le sirvió para componer *El Ostracismo de O'Higgins*, otro de sus libros célebres, escrito en los sitios mismos en que viviera el desterrado de Montalván.

De regreso a Chile, se consagró de lleno a la glorificación de O'Higgins. Promovió la erección de su estatua en la Alameda, y poco después hizo otro tanto con la de San Martín (siendo de notar que fué ésta, debida a Vicuña Mackenna, la primera que se levantó en América para honrar la memoria del prócer argentino, como la breve *Vida*, escrita por él, fué la primera que se le consagrara). Elegido diputado, presentó a la Cámara un proyecto de ley para repatriar los restos del vencedor de Chacabuco, los que, gracias a su iniciativa, fueron traídos con pompa extraordinaria, siendo depositados en el mausoleo que obsequiara don Demetrio, a pedido suyo.

En 1865 defendió al Perú ardorosamente, desde su sillón de Diputado, con motivo de la ocupación de islas ordenada por la reina Isabel II. El gobierno lo designó Agente Confidencial de Chile en Estados Unidos y partió primeramente en dirección a Lima, en compañía de don Domingo Santa María. En Chincha Alta, los representantes chilenos celebraron una conferencia con el coronel don Mariano Ignacio

Prado; en esa histórica entrevista se echaron las bases de la alianza de Chile y Perú para defenderse de España. Cuando Prado pasó a ocupar la presidencia de su país, Vicuña Mackenna celebró con él un acuerdo secreto para formar un ejército chileno - peruano que iría a libertar Cuba y Puerto Rico; ese acuerdo no fué aprobado, desgraciadamente, por la cancillería de Santiago.

Vicuña recorrió varias capitales sudamericanas y ciudades principales de Estados Unidos, en campaña de agitación americanista. Organizó mítines, escribió folletos y pronunció discursos en inglés ante enormes auditorios. Al mismo tiempo, adquirió naves y armas para la defensa de su país, motivo por el cual fué perseguido judicialmente en New York, a pretexto de haber violado la ley de neutralidad.

Durante su estada en la república del norte, fundó *La Voz de América*, que fué el primer órgano de propaganda en favor de la unión del nuevo mundo publicado en el continente. En sus columnas, abiertas a los revolucionarios y patriotas cubanos y filipinos, se realizó activa campaña en favor de la independencia de dichos países. (Hace poco se publicó en La Habana un extenso estudio sobre la participación de Vicuña en la libertad de Cuba.)

La acción del prócer durante la guerra con España está contenida en la obra *Diez meses de misión en los Estados Unidos*.

Pocos años antes, Vicuña Mackenna fundó en Santiago, en compañía de Lastarria, de don Isidoro Errázuriz, de don Manuel A. Matta y de otros chilenos eminentes, la Sociedad de Unión Americana, cuyas bases y estatutos redactó él mismo (uno de sus hermanos hizo la bandera que deberían tener las Naciones Unidas de la Confederación Sudamericana). Las tareas desarrolladas por la Sociedad se hallan contenidas en dos volúmenes bajo el título de *Colección de Ensayos y Documentos relativos a la Unión y Confederación de los Pueblos Hispano - Americanos*, 1862 - 1867.

En 1867 contrajo matrimonio con doña Victoria Subercaseaux, mujer de mérito extraordinario, que lo alentó y acompañó en los trabajos gigantescos de su esforzada vida.

En 1868 y 69 publicó la *Historia de Santiago* y la *Historia de Valparaíso*, el primero de los cuales es acaso el libro más hermoso de toda la literatura histórica de América.

En 1870 y 71 viajó por Europa, enviando, con el seudónimo de San - Val (hecho de las primeras sílabas de Santiago y Valparaíso), una serie de correspondencias acerca de la guerra franco - prusiana, que fueron reproducidas en casi toda la prensa del país y del continente.

De retorno, fué designado Intendente de Santiago, cargo de mucha amplitud e importancia en esos años. A comienzo de 1872, en su calidad de presidente de la Municipalidad, procedió a iniciar las obras de transformación de la capital, a la cual convirtió, en el breve lapso de tres años, de aldea semi colonial en la más hermosa y moderna capital sudamericana. Hizo del árido montón de piedras del Santa Lucía el más bello paseo de Chile (único, en su género, en todo el mundo); arregló el Parque Cousiño, abrió calles, plazas y numerosas avenidas (entre otras el Camino de Cintura, que hoy lleva su nombre, y la Avenida Matta actual, bautizada por el pueblo con el nombre de avenida de los Monos, por las estatuas que en ella puso el prócer); levantó el Mercado, reconstruyó el Teatro Municipal, dotó de agua potable a la ciudad, inició los estudios para la canalización definitiva del Mapocho. Durante su visita de la Provincia, fué creando escuelas públicas municipales en todos los pueblos y aldeas.

Los trabajos del Cerro Santa Lucía, se hicieron sin gasto alguno para el Erario, a base de erogaciones y suscripciones privadas. Como quedara una fuerte deuda en oro, Vicuña la pagó de su patrimonio personal, arruinándose virtualmente.

La magnitud de las obras realizadas, el empuje que significaban, le dieron tan extraordinario prestigio que su candidatura a la presidencia de la República surgió en 1875 de modo espontáneo. A su lado se agrupó todo el pueblo de Chile, lo acompañaron los principales partidos políticos, la clase media en masa y casi toda la antigua aristocracia. Nunca hubo en Chile una candidatura que tuviera tan evidente carácter nacional. El candidato recorrió gran parte del país, siendo recibido en medio de aclamaciones delirantes. Sin embargo, la intervención realizada por el gobierno de la

época fué tan violenta, que, para prevenir mayores víctimas entre sus partidarios, decretó la abstención de estos en las urnas, en un Manifiesto al País que fué dado a conocer en Junio de 1876. Entre los vicuñistas connotados, puede mencionarse a Arturo Prat, futuro héroe de Iquique y al eminente historiador don Crescente Errázuriz, futuro Arzobispo de Santiago.

Entre tanto, Vicuña Mackenna había proseguido su labor en la Cámara de Diputados, donde se sentó por varios períodos, pronunciando centenares de discursos y propiciando innumerables proyectos de ley, encaminados en parte a favorecer los intereses de las provincias y a procurar una adecuada descentralización administrativa, punto que figuró en su programa presidencial. Elegido Senador en 1876, actuó en ese alto cuerpo legislativo hasta el fin de su vida.

En 1876 las discusiones fronterizas entre Chile y Argentina se agudizaron en tal forma, que el peligro de guerra llegó a asumir caracteres de peligro inminente. Vicuña Mackenna se puso a la cabeza de los partidarios de la paz y en colaboración con Mitre, logró que la cordura se impusiera. Un discurso pronunciado en el Senado por el prócer, determinó que la mayoría se inclinara a la armonía, dando origen al Pacto Fierro - Sarratea, firmado en Santiago ese mismo año.

Por esa época continuaba en la plenitud de su tarea periodística, escribiendo dos o tres artículos diarios para *El Mercurio* de Valparaíso, *El Ferrocarril* y diarios de provincia.

Apenas estalló la guerra del Pacífico se colocó a la cabeza de la ciudadanía, iniciando una labor que por su trascendencia, su multiplicidad, su fecundidad casi inimaginable, tocaba, al decir de sus contemporáneos, en lo prodigioso. Se fundó un diario — *El Nuevo Ferrocarril* — para recibir su colaboración. Encabezó un bloc de Senadores que concentró su actividad en defender las solicitudes del ejército en campaña y en presionar al Gobierno para el apresuramiento de la guerra. Vicuña sostenía que concediendo al alto comando todos los elementos que requería e impulsando las campañas militares, se lograría más pronto la paz, lo que también era de importancia desde el punto de vista humanitario, porque se ahorra sangre de chilenos, de peruanos y bolivianos.

Esta tesis se impuso finalmente, dando los resultados que se perseguían. El prócer pronunció innumerables discursos en el Senado, escribió centenares de artículos y mantuvo con los jefes del Ejército y de la Armada, con la oficialidad, con los soldados que requerían su ayuda, una correspondencia que abarca varios millares de cartas. El anunció al pueblo el combate de Iquique, diciendo que ese día se había ganado la guerra. Durante su decurso y en los años que siguieron se convirtió en el Cantor de las Glorias Nacionales.

Las obras principales de este período, consagradas todas a la exaltación de la patria y de la chilenidad, se titulan: *El Album de la Gloria de Chile*, *Historia de la campaña de Tarapacá*, *Historia de la campaña de Tacna*, *Historia de la campaña de Lima*, *Las dos Esmeraldas*, etc., etc.

El último de sus artículos de la guerra, a raíz de la batalla de Miraflores, se titula *La gran victoria del pueblo*.

Durante toda esa época acostumbraba dictar a cuatro secretarios simultáneamente: a uno un artículo, a otro un capítulo de libro, al tercero cartas, al que seguía una nota o discurso. (El historiador don Francisco A. Encina, presencié este fenómeno, actuando ocasionalmente de secretario.)

Para ayudar a las familias de los combatientes, fundó La Protectora, sociedad encargada de asistir a las viudas, a los huérfanos y a los deudos de los que caían en defensa de la patria. En esta actividad lo ayudaron eficazmente doña Victoria Subercaseaux y su hermana doña Dolores.

Era tal su generosidad, que, según refiere don Ramón Briseño, antiguo Director de la Biblioteca Nacional, en cierta oportunidad en que un veterano le pedía socorro, como tenía ya los bolsillos vacíos, le dió su reloj. . .

Después de la guerra siguió actuando en el Senado casi hasta la víspera de su fallecimiento, sin que decayese su entusiasmo cívico, reflejado en la labor parlamentaria.

En todo tiempo prosiguió su faena de escritor, en la cual, aparte de las obras ya mencionadas, pueden anotarse las siguientes: *Historia de los diez años de la Administración Montt* (en la cual, a pesar de haber combatido el Decenio, hace honor al espíritu cívico del ilustre Presidente Montt), *Juan Fernández*, *Los Lisperguer* y *la Quintrala*, *El clima de Chile*, *De*

Valparaíso a Santiago, Vida de Mackenna, Vida de O'Higgins, San Martín, El Almirante Blanco Encalada (obra escrita en una noche), *Don Diego Portales, El Libro del Oro, El Libro de la Plata, El libro del Cobre y del Carbón de Piedra* (obras que constituyen una historia de la industria minera nacional), *A través de los Andes* (examen de los esfuerzos y estudios de dos insignes ingenieros), *Miscelánea, Historia de la guerra de Chile con España, La Patagonia, Los médicos de antaño, Quinteros, La guerra a muerte, El Tribuno de Caracas* (vida de Cortes Madariaga e independencia de Venezuela), *El Washington del Sur* (Sucre), *La Revolución de la Independencia del Perú, El Partido Liberal Democrático, Don Tomás de Figueroa, La transformación de Santiago, Album del Santa Lucía, Historia del 20 de Abril, Dolores, Al galope*, etc. Sus obras completas, de las cuales la Universidad de Chile ha publicado dieciocho grandes volúmenes, alcanzan a cerca de ciento cincuenta. Su labor principal en el Congreso Nacional se halla reunida en tres tomos de *Discursos Parlamentarios*. La obra periódica, no reunida hasta hoy, alcanzaría a considerable número de volúmenes.

Bajo su nombre se publicó la *Historia General de la República de Chile desde la Independencia hasta nuestros días*, en la cual, a más de lo suyo, se registran memorias de los principales historiadores chilenos del siglo XIX.

Como historiador — el más fecundo de América y de intuición más poderosa — tuvo muchos discípulos, entre los cuales se destacó don José Toribio Medina.

Desde joven colaboró en la Universidad de Chile, para la cual escribió su memoria sobre *La Guerra a Muerte*. Elegido miembro académico de la Facultad de Humanidades, trabajó en su seno durante muchos años.

La Real Academia Española lo eligió miembro correspondiente, recibiendo distinciones similares de algunos de los principales institutos literarios e históricos del mundo.

En sus libros tocó cuanto podía interesar a Chile y a la cultura general de Sudamérica. Fué el cantor del roto, de su patriotismo, de su ingenio, de su antigua fuerza física; alabó sus virtudes e indicó los medios para remediar defectos.

Con todo lo que sobre el roto hay disperso a lo largo de su obra, podría componerse el más original y sabroso libro.

En sus últimos años residía habitualmente en Santa Rosa de Colmo. Allí, en medio de los árboles de un parque que había plantado por su mano, lo sorprendió la muerte, a la edad de cincuenta y cuatro años, el 25 de Enero de 1886.

Toda la ciudad de Santiago concurrió a las exequias del prócer. El pueblo, rompiendo las filas de soldados, se apoderó de la urna y la condujo en hombros hasta la Iglesia del Cerro Santa Lucía, en donde reposan sus cenizas, en el corazón de la capital que había honrado con su obra y engrandecido y transformado con su esfuerzo.

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA**